

Corporeidad mutilada:

Violencia-muerte y *socialidad de resguardo* en el escenario de la ciudad fronteriza del norte de México

Salvador Salazar Gutiérrez¹

Resumen

La violencia que se viene presentando en el contexto de la ciudad fronteriza del norte de México, coloca a la corporeidad como un eje fundamental para comprender cómo se estructura una socialidad de resguardo caracterizada por reducir a los escenarios más íntimos, estrategias de reclusión y exclusión que encuentran en el cuerpo su lugar de expresividad. A partir de una dramaturgia corporal se analiza cómo se producen inscripciones de resguardo ante la presencia de la violencia y muerte, manifestadas en paisajes como *cuerpos abatidos, ritualidades de ejecución, publicitación de la corporeidad aniquilada*, en las que el cuerpo se ubica como el lugar central de una dramaturgia del reconocimiento: el tránsito de una socialidad de resguardo a una socialidad de reconocimiento, toma como ruta clave la potencialidad dramatizadora que desde la expresión corporal produce una restitución de lo político.

Palabras clave: violencia-muerte, *socialidad de resguardo*, *dramaturgia corporal*, *socialidad de reconocimiento*.

Introducción. *Corporeidad mutilada* permite ubicar el paisaje de inserción de la violencia que dinamiza la relación que se establece entre el cuerpo, en tanto lugar de expresividad, y la irrupción de una socialidad de resguardo que encuentra en la corporeidad el lugar de su entronización dominante. En los últimos años se ha presentado un escenario de violencia sistémica² que ha dominado el contexto de

la ciudad fronteriza del norte de México; miles de muertes en las calles, cuerpos tirados en terrenos abandonados o en avenidas, colgados de puentes o expuestos en muros como si se tratase de un paredón. En este contexto se produce una *socialidad de resguardo*, una dinámica de cada vez

federal implementó el denominado Operativo Conjunto Chihuahua-Juárez en el que ha participado directamente en prácticas de vigilancia y detención efectivos militares, ha presentado más de siete mil homicidios en la ciudad-, hasta toda aquella manifestación de violencia que permea hasta los escenarios más íntimos de la vida del habitante de la ciudad.

¹ Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

² Por violencia sistémica hago referencia a eventos que van desde prácticas de secuestro y homicidios en la vía pública –que del 2008 en que el gobierno

mayor encierro en reductos de protección que encuentran en el cuerpo, en la materialidad de la subjetividad amenazada, el último reducto posible de sobrevivencia. Por socialidad de resguardo hago referencia al proceso por medio del cual se producen estrategias que van desde prácticas cotidianas hasta la institucionalización del miedo, como consecuencia de una violencia sistémica que se ha apoderado del escenario actual de la ciudad fronteriza del norte de México.

El ensayo coloca el peso de atender y comprender la importancia de lo corporal, lo que significa más allá como constitución físico-anatómica amenazada por la agresión de un evento violento, sino como el lugar de inscripción de la amenaza y precariedad que encuentra en el contexto de la socialidad de resguardo uno de sus principales

promotores, que nos recuerda David Le Breton “del cuerpo nacen y se propagan las significaciones que constituyen la base de la existencia individual y colectiva” (Le Breton, 2002:07).

A partir del análisis de diversas manifestaciones -que he denominado como paisajes-, en las que el cuerpo aparece como el lugar de expresividad de una violencia que encuentra en su exposición más visible de barbarie una condición de dominio, nos enfrentamos al andamiaje de la violencia y sus miedos como los ejes dominantes de la incertidumbre y el riesgo propios de un contexto en el que la socialidad de resguardo se apodera y penetra como una marca inherente que inscribe a la fatalidad como condición última de sobrevivencia en el escenario de la ciudad fronteriza del norte de México.

La dimensión sociocultural del cuerpo

El cuerpo más allá de una delimitación físico-anatómica, se construye como un sistema de significación que favorece la reproducción de una socialidad de resguardo propia de un contexto dominado por una violencia sistémica. En la corporeidad mutilada, abatida, se inscriben marcas que denotan expulsiones y

sufrimientos, propios de un paisaje dominado por el sentido de la fatalidad, pero también de memorias y reencuentros que viene favoreciendo un despertar colectivo que encuentran en la expresividad corporal un escenario de restitución de una socialidad de reconocimiento. En este sentido, habría que tener claro que abordar

lo corporal y emotivo no constituye un lugar de análisis reciente -ya a partir de la década de los sesenta y setenta se suele colocar como el gran momento en el giro a comprender, a partir del análisis de la subjetividad, la preocupación social del cuerpo-. Diversas críticas que surgen de movimientos político-culturales como el feminismo, la revolución sexual, la expresión corporal, plasmaron la crítica al dominio que perspectivas colocaban en viejas condiciones político, sociales y culturales. Si bien ya desde el siglo XIX se presenta la preocupación en las ciencias sociales por el cuerpo (Rodrigo Zapata, 2006), es en estas décadas recientes en que la sociología, antropología y la historia comienzan a dar cuenta de las lógicas sociales y culturales que determinaban la condición de lo corporal. La crisis de una sociología dominante desde los enfoques macroestructurales vino a contribuir en el traslado a la comprensión de la subjetividad y su elemento constitutivo material: el cuerpo. El giro a lo cotidiano, lo vivencial, la experiencia diaria que cada individuo enfrenta en su incorporación a lo social, enfatizó el peso de lo corporal en tanto eje de la experiencia del individuo. Es a partir del cuerpo donde se produce continuamente sentido, y a partir de él, el individuo se

inserta activamente en un espacio social y cultural dados.

En este sentido, favorecido por la separación entre ideas que limitaban la perspectiva a una especie de determinismo biológico y aquellas que comienzan a surgir en tanto resultado de relaciones sociales, en *La sociología del Cuerpo* André Le Bretón (2002) nos habla de tres enfoques que han operado en la sociología contemporánea en relación a aproximaciones al estudio del cuerpo : a) una sociología implícita, caracterizada por subordinar las expresiones de lo corporal a condiciones sociales y económicas evidenciadas en la definición político-cultural de la higiene y la salubridad de las clases trabajadoras -si bien existe una preocupación por el cuerpo, el objetivo no es pensarlo en tanto objeto de análisis, sino mostrar las condiciones sociales y culturales que lo moldean-; b) una sociología detallista, la cual surge en la separación de las condiciones macroestructurales para trasladar la perspectiva, principalmente desde el psicoanálisis, a las relaciones sociales y las historias personales de cada individuo; y c) una sociología del cuerpo en tanto perspectiva que comienza a establecer sus criterios teórico-metodológicos a partir de la tesis central de que el cuerpo no es un dato

natural, una evidencia inmediata, sino que forma parte de proceso que relaciona elementos sociales y culturales que inventan el cuerpo en un tiempo-espacio determinado. A partir de estos tres enfoques, se han generado trayectos de análisis que van desde las lógicas sociales y culturales del cuerpo –técnicas corporales, expresiones de sentimientos, percepciones

sensoriales, marcas en la piel, etc-, pasando por los imaginarios sociales del cuerpo vistos en diversas teorías y enfoques de la corporeidad, hasta llegar a las manifestaciones de lo social que encuentran en el cuerpo el espejo del control político y de clase que constituye una estructura económica, social y cultural en una sociedad dada:

“El cuerpo, moldeado por el contexto social y cultural en el que se sumerge el actor, es ese vector semántico por el cual se construye la evidencia de la relación con el mundo: actividades perceptivas, pero también la expresión de los sentimientos, las convenciones de los ritos de interacción, gestuales y expresivos, la puesta en escena de la apariencia, los juegos sutiles de la seducción, las técnicas corporales, en entrenamiento físico, la relación con el sufrimiento y el dolor, etc... del cuerpo nacen y se propagan las significaciones que constituyen la base de la existencia individual y colectiva” (Le Breton, 2002:7)

En este sentido, el cuerpo y sus manifestaciones constituyen una trayectoria fundamental para comprender cómo han penetrado hasta los escenarios más íntimos de una subjetividad cada vez más atrincherada los elementos de una socialidad de resguardo, y que por consiguiente ha generado una corporeidad mutilada como el lugar de expresión dominante. En este sentido, la pregunta por la presencia e importancia del análisis de lo corporal adquiere relevancia en la búsqueda de comprender cómo se produce una socialidad de resguardo en el contexto de la

violencia sistémica y muerte en la ciudad fronteriza del norte de México, encontrando en una corporeidad mutilada su lugar de expresión más dominante. Habría que tener presente que si bien el cuerpo se posiciona en el lugar de la expresión y la representación de inscripciones que muestran las marcas de una violencia que viene dominando el escenario cotidiano del habitante de la ciudad, también en la representación de la transgresión del reconocimiento que encuentra en la manifestación del cuerpo un escenario fundamental de restitución de lo político.

Como veremos en los siguientes apartados, por un lado el proceso dominante de esta socialidad del resguardo ha encontrado en el cuerpo uno de sus principales escenarios de dominio, pero a la vez, en el resurgimiento

de una corporeidad expresiva se encuentran espacios de dramatización que vienen a resituar una socialidad de reconocimiento clave para aminorar el dominio de la fatalidad.

*Inscripciones corpóreas de la violencia y muerte:
el escenario de la socialidad de resguardo*

La muerte acecha como un momento inherente a la propia condición de incertidumbre del habitante de la ciudad. Frescos de violencia en los que aparece como una vivencia cotidiana que caracteriza al habitante de una ciudad que es sometida a cifras y relatos diarios de eventos violentos. Paisajes de cuerpos descuartizados en la vía pública, abandonados en calles o avenidas transitadas, afuera de instituciones educativas, visibilizan eventos en los que la característica en común muestra una crueldad del acto violento del asesinato en una intención de hacer visible el sufrimiento de la víctima. En tres años, las ciudades fronterizas del norte de México se han caracterizado por el avasallante número de homicidios que se presentan a diario. Sólo en la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez, desde el 2008 se han contabilizado más de ocho mil asesinatos en avenidas, lotes baldíos, centros comerciales, o viviendas,

en las que uno de las imágenes recurrentes es la presencia de cuerpos abatidos visibles a todo aquel que observe, no sólo en la presencia directa en el escenario del evento violento, sino por la gran ventana de uno de los escenarios más favorecedores de la socialidad de resguardo que es el mediático.

Por *inscripciones corpóreas* hago referencia a toda aquella manifestación que, a partir del uso del cuerpo como medio de visibilidad de resguardo, marca y moldea signos y trazas que visibilizan los modelos simbólicos asimilados por una subjetividad inherente al escenario de la violencia y la muerte. Las inscripciones, que van desde mutilaciones de miembros hasta la representación de la fatalidad en la gestualidad, plasman la sujeción por parte de una subjetividad penetrada por el dominio de la violencia cotidiana; “las inscripciones en el cuerpo no sólo son trazas de su superficie, sin filigranas grabadas más

allá de la piel que atraviesan las entrañas y tocan el alma” (Aranguren Romero, 2006:104). Las inscripciones en los cuerpos responden a encuentros contingentes entre acontecimientos irruptivos y las experiencias cotidianas, que se graban como parte de un discurso del inconsciente dando como resultado no una incorporación pasiva del mensaje promovido por el evento violento, así como un posicionamiento en el que la marca define la resignificación del mensaje apropiado. Como marcas, el mensaje se inscribe en el cuerpo para signarlo, coloca sus trazas para estampar pertenencia, para reclamar posesión sobre el cuerpo; pero a la vez, constituye un referente de apropiación que va más allá de la marca visible, en la que la inscripción se coloca como mensaje que promueve la posición que el individuo genera en relación al contexto del mensaje. En este sentido, la figura del significante constituye el referente fundamental para definir la colocación del mensaje hecho marca, es decir inscrito en la corporeidad, ubicando el sentido enunciativo de la textualidad expuesta por parte del cuerpo abatido. La estrategia de mostrar en la vía pública cuerpos mutilados, desechados en lotes baldío o calles de la ciudad, desmembrados y expuestos con mensajes de aviso o

amenaza a bandos rivales o integrantes de agrupaciones de seguridad del estado, constituye un mensaje de otro amenazante que trata de penetrar la inscripción del temor en aquellos que observan o forman parte del escenario violento; las marcas que tienen un soporte material, como la del cuerpo ejecutado y mutilado, inscriben su sentido en lo simbólico y en el lenguaje, más allá que en lo físico. Constituyen mensajes de alerta o promoción de la fatalidad, que encuentran en los canales de la exacerbación de la barbarie, una vía propicia para inscribir en el imaginario su efervescencia. La piel se convierte en el telar en el que se inscribe la violencia, y la que hace visible la exaltación de una corporeidad abatida favorecida por la socialidad de resguardo. Veamos los siguientes tres paisajes de expresividad de una corporeidad abatida por el escenario de la violencia sistémica y la muerte.

a) Cuerpos abatidos

El primer paisaje que hago referencia es a la presencia cotidiana decenas de cuerpos sin vida que tienen como característica en común haber sido torturados y aniquilados con armas de las denominadas de alto calibre. La presencia de cuerpos abandonados en diversos escenarios

públicos de la ciudad, se ha convertido en una de las prácticas que a diario enfrentan sus habitantes al transitarla. Un día común por la mañana, niños de una escuela primaria que se encuentra en el centro de la ciudad transitan a pie por la calle cuando al acercarse un perro, observan que lleva en su boca una cabeza humana. Al percatarse los niños, avisaron a vecinos del lugar quienes al salir observaron como el animal paseaba a lo largo de la calle la cabeza de una persona. Al avisar a la policía, se encontró una cuada más adelante el cuerpo mutilado de un hombre, aproximadamente de treinta años, con un disparo en el estómago, y a quien se le cercenó las extremidades colocándolas alrededor del tronco con un mensaje que decía “*por soplón y llorón. Eso les pasa a los que se meten con La Línea*”³.

La escena es clave al momento en que varios de los vecinos retiran de la mandíbula la cabeza de la persona ejecutada, y caminando por la calle la llevan hasta donde se encuentra el cordón que suele colocar alguna agrupación de la

³ Habría que tener presente que “La línea” hace referencia al nombre con el que se conoce al principal grupo dominante del narcotráfico en Ciudad Juárez. En los últimos años, la violencia a gran escala que enfrenta la ciudad, es favorecida por la disputa que este grupo y otros como el conocido como “cártel de Sinaloa”, quienes buscan el control de la zona considerada como el principal recorrido de droga a los Estados Unidos.

policía para delimitar el área de la ejecución. Varios vecinos salen de sus casas, colocan sillas alrededor del cordón y como si se tratase de una obra teatral se prestan a observar cómo se levantan cada una de los miembros del cuerpo mutilado.

b) “*Aquí están, mátenlos*” *Ritualidades de ejecución.*

Ahora bien, qué sucede como aquel acto que surge como resultado de una efervescencia colectiva ante la amenaza latente y que se coloca en la evidencia de ciertos actores que, al colocarse como los potenciales perpetradores del acto, son llevados a un escenario público de control masivo con la finalidad de hacer visible un grado profundo de sufrimiento y ejecución sostenido más por una reacción de revancha de una comunidad. El acto colectivo que busca restituir el daño ocasionado por algún o algunos individuos que realizaron una actividad considerada como perjudicial, se sostiene a partir de asumir un derecho de “justicia por la propia mano”; se suele denominar como *linchamiento* y es caracterizado por “una acción colectiva de carácter privado e ilegal, de gran despliegue de violencia física, que culmina con la muerte de la víctima” (Vilas, 2005;21)⁴. Se

⁴ Carlos Vila nos plantea una aclaración pertinente, el carácter de privado indica que la acción violenta realizada por individuos que carecen de una propiedad pública que les permita asumirse como ejecutores de un acto de justicia legal; implica por lo

constituye en un momento de excitación colectiva que favorece al linchamiento y la muerte de quienes son enjuiciados sumariamente en la clandestinidad cotidiana. La crisis de una institucionalidad carente de otorgar justicia o restituir por medio del cumplimiento legal de una pena judicial ante aquellos que realizaron el acto delictivo –por lo general y como característica recurrente del linchamiento, se presenta la ausencia o llegada tarde de las autoridades públicas encargadas de sancionar el acto delictivo de quienes fueron linchados-, evidencia la puesta en escena de esta escenificación de venganza.

Son las nueve de la mañana en un municipio fronterizo del norte de Chihuahua, mientras trataban de realizar “un levantón” (secuestro), dos jóvenes son detenidos por habitantes de una población no mayor a dos mil habitantes y en la plaza fueron asesinados a golpes y expuestos ante la población. La intervención de la policía federal y elementos del ejército limitó el acto de linchar a otros tres integrantes de la banda que fueron resguardados en una unidad de la policía estatal y bajo un perímetro conformado por militares. Reacciones de diversos actores – políticos, empresariales, integrantes de Organizaciones No Gubernamentales (ONG’s)- hicieron la advertencia de que este acto de linchamiento a los presuntos secuestradores era un llamado de advertencia a la intranquila e

tanto un acto de violación a la legalidad asumida y otorgada al Estado.

incipiente calma que se vive en diversos poblados del norte del estado, en especial a una serie de eventos similares que ya se habían presentado en Ciudad Juárez y reportados por medios locales, en los que se observa prácticas violentas de reacción no sólo hacia individuos considerados como integrantes de grupos delictivos, sino también hacia las propios representantes de la seguridad pública estatal y federal.

Ahora bien, qué nos presenta este evento en el que la ejecución de la muerte se constituye en una especie de triunfo y exaltación de justicia por los habitantes de una población que, bajo el argumento de la indefensión cotidiana a la que se enfrentan desde hace varios años, y principalmente a la inoperancia de un Estado de garantizar seguridad y resguardo a sus ciudadanos, asumen como legítima la práctica de linchamiento colectivo. No sólo la práctica de golpear los cuerpos ya sin vida y destrozados, sino también el de exponerlos al resto de la comunidad y ante algunos medios locales que cubrían el evento, bajo el grito en común de “*ya no más*” y “*quien se meta con uno de nosotros se mete con todos*”. La exposición pública de los cuerpos aniquilados, de la muerte consumada otorgada por una multitud, nos muestra la búsqueda de visibilizar una capacidad asumida de ajusticiamiento que la comunidad se atribuye ante; más allá de la normatividad o legislación penal que se presente como garante de la práctica legal de justicia atribuida al Estado, el propio acto de ejecución

muestra una reacción colectiva en la que una emotividad efervescente domina el escenario. Al final, la muerte se constituye en el único catalizador de restitución de orden y una búsqueda de tranquilidad por la población a partir de consumir el acto de “justicia por propia mano”.

c) Publicitando la corporeidad aniquilada.

El tercer paisaje hace referencia a la práctica de mostrar públicamente la precariedad de un cuerpo abatido. En este sentido publicitar implica por un lado, el dominio que una dramatización mediática que favorece mutaciones de las experiencias visuales de la ciudad, en la que imágenes de cuerpos sin vida abandonados en calles, vehículos, terrenos, viviendas, constituyen mensajes de promoción de una socialidad de resguardo que encuentra en la ventana mediática una capacidad de ampliar, acelerar o marcar los imaginarios colectivos de un habitante que cada vez más se convierte en espectador. Y por el otro lado, el cuerpo abatido y expuesto, su exposición de precariedad en la que la manipulación de éste –principalmente mutilándolo- se coloca como una práctica altamente rentable en el contexto de la violencia en la ciudad al favorecer la instauración de imaginarios sostenidos en la idea del riesgo y fatalidad

que sostiene la penetración de esta socialidad de resguardo. Si bien se podría sostener que este tipo de prácticas de dejar a la vista del habitante el cuerpo abatido, podría ser una especie de llamado de dominación o respuesta a una disputa entre grupos enfrentados, más allá de un supuesta de “revancha” promocionado por un discurso institucional caracterizado por anecdotizar al evento, lo interesante es que estas prácticas de publicitar la precariedad manifiesta en el cuerpo abatido, entroniza a la corporeidad como el lugar de la exaltación de poder y dominio que grupos buscan reproducir o apropiarse: en el cuerpo se plasman las marcas de una disputa por dominar el escenario de la enunciación de la fatalidad y el riesgo, principales promotores de una socialidad de resguardo. La participación de una discursividad mediática constituye uno de los escenarios centrales de distribución y promoción de la escena que muestra, enfatizando la presencia del cuerpo –cuerpos sin vida asesinados en los que se observa la sangre expuesta en rostro, abdomen, brazos,-, una retórica distinta a la promovida por los ejecutantes del evento violento. La exaltación del cuerpo desechado y masacrado se ha convertido en una de las prácticas recurrentes por parte de algunas

empresas noticiosas o de espectáculos de la televisión o prensa, quienes han encontrado en esta exaltación del evento un panorama altamente rentable promovido por una socialidad de resguardo que encuentra en la morbosidad de la escena, y sus cuerpos masacrados, una ventana que permite a los individuos “estar alertas” ante lo que acontece en una realidad favorecida por la discursividad mediática. Tanto la ventana mediática, favorecida por la prensa y la televisión –y recientemente por el espacio del Internet-, como las prácticas de

inscripción de la violencia y la muerte en la corporeidad de individuos abatidos, constituyen los marcos de referencia desde los cuales los habitantes de la ciudad fronteriza definen sus relaciones enfatizando al resguardo como la condición última deseada bajo la intención de encontrar en el pertrecho de la restricción corporal el último bastión de sobrevivencia ante la marejada de una violencia sistémica que domina y se pertrecha cada vez más en la corporeidad de la fatalidad.

Dramatizando la corporeidad: performances del reconocimiento

Si el dominio de una violencia sistémica ha penetrado la corporeidad como marcas o inscripciones en la que la amenaza latente domina el contexto de una socialidad de resguardo, y en la que la muerte se coloca como la constante de la fragilidad de una individualidad amenazada, cuerpos como materialidades conformadas y configuradas por mecanismos de control que exponen las marcas que organizan la soportabilidad y la deseabilidad social en tipos de experiencias dramatizadas por modalidades de estructuración de las sensibilidades; ¿cómo repensar la presencia de la corporeidad, más allá de una manifestación de fragilidad, en

el sentido de reencauzar trayectos de reconocimiento?. Más allá de la dominante inscripción en una corporeidad mutilada de los rasgos de una socialidad de resguardo que encuentra en los cauces de la fatalidad su principal promotor, una dramaturgia corpórea se desplaza hacia lugares de transgresión en los que, a partir de un performance, el cuerpo se reapropia de una potencialidad dramatizadora del reconocimiento. El papel que adquiere la dramatización del reconocimiento plasmada en la visibilidad del cuerpo, constituye uno de los ejes fundamentales en la búsqueda de transgredir el dominio de una socialidad de

resguardo. Si la muerte y la exposición del cuerpo mutilado se han colocado como actores clave que favorecen esta lógica de atrincherarse, la performatividad del cuerpo visible y su potencialidad como lugar de expresividad, restituyen el sentido del reconocimiento como fundamento de una nueva socialidad que reencauza las prácticas de encuentro erosionando la perversidad de la socialidad de resguardo.

En este sentido, comprender que el cuerpo constituye un lugar de reconocimiento en tanto visibiliza estrategias-prácticas de encuentro, nos lleva a recuperar el sentido de la dramatización de lo político como eje fundamental e inicial de la política desde sus orígenes. El ágora, ese lugar de escenificación en la que los cuerpos se dramatizan a partir de una retórica de visibilidad, constituye un bastión propio de una socialidad de reconocimiento que encuentra en la salida a la calle, en la manifestación pública de expresiones de resistencia, los escenarios propicios para aminorar la marejada dominante de la corporeidad mutilada.

En los últimos meses diversas prácticas de acción colectiva se han venido concretizando en el escenario de la ciudad fronteriza, encontrando cauce de visibilidad

a partir de establecer estrategias de presencia que van más allá de simples reclamos o gritos de consignas. Las calles, lugares en los que los cuerpos aparecían sin vida como si fueran un desecho que busca hacer presencia el dominio de la violencia y la muerte, son tomadas por una expresividad colectiva que encuentra en el performance el espacio de visibilidad propicio para reencauzar el dominio propio de la fatalidad promovida por la socialidad de resguardo. Más allá de las características que dominaron la escena de los movimientos sociales que, en su formalidad han encontrado una limitante, este tipo de manifestaciones se han caracterizado por encontrar en la potencialidad de una expresividad corporal, el lugar de visibilidad propicio para enfrentar la efervescencia de la socialidad de resguardo. Desde pintarse la cara, vestirse con diversos trajes que ironizan actores promotores de la violencia y la muerte, hasta la escenificación de acontecimientos en los que se plasma las condiciones de dominio que ha dominado una socialidad de resguardo, esta performatividad de lo corporal viene colocándose como la lanza que desgarrar la tensa tela que envuelve la fatalidad en el contexto de la socialidad de resguardo.

Bibliografía

Aranguren Romero, Juan Pablo. 2006. *Las inscripciones de la guerra en el cuerpo: evidencias de un sujeto implicado*. En Revista Colombiana de Psicología, número 015. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia. Pp 103-112

Boito, María Eugenia. 2010. *Estados de sentir en contextos de mediatización y mercantilización de la experiencia. Intentos por precisar una lectura materialista de las sensibilidades*. En José Luis Grosso y María Eugenia Boito (compiladores) *Cuerpos y Emociones desde América Latina*. 1ª. Edición. CEA-CONICET; Doctorado en Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad de Catamarca, Argentina. Pp 82-101

Borggi, Flavio. 2009. *Cuerpos y subjetividades en la sociedad de la incertidumbre*. En Carlos Figari y Adrian Scribano (compiladores) *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s)*. Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones en América Latina. Ediciones CICCUS, CLACSO, Argentina. Pp 23-34

Le Breton, David. 2002. *La sociología del cuerpo*. Nueva Visión. Buenos Aires.

Salazar Gutiérrez, Salvador. 2009. *Juárez "ciudad de infierno". El des-abandono de la ciudad. La instauración de los miedos y la erosión de la memoria*. En Revista Culturales, Vol. V, Núm. 10, julio-diciembre 2009. Universidad Autónoma de Baja California. Pp 121-138

Salazar Gutiérrez, Salvador y Martha Mónica Curiel García. 2011. *Ciudad Abatida. Antropología de la(s) fatalidad(es)*. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, México. No Pub.

Scribano, Adrián. 2010. *Cuerpo, emociones y teoría social clásica: hacia una sociología del conocimiento de los estudios sociales de los cuerpos y las emociones*. En José Luis Grosso y María Eugenia Boito (compiladores) *Cuerpos y Emociones desde América Latina*. 1ª. Edición. CEA-CONICET; Doctorado en Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad de Catamarca, Argentina. Pp 15-38

Zapata Cano, Rodrigo. 2006. *La dimensión social y cultural del cuerpo*. Boletín de Antropología, año/col. 20, número 37. Universidad de Antioquia, Colombia. Pp. 251-264



Autor: Alfredo Espinoza G.